

PETER WATSON

**HISTORIA SECRETA
DE LA
BOMBA ATÓMICA**



**CÓMO SE LLEGÓ A CONSTRUIR
UN ARMA QUE NO SE NECESITABA**

CRÍTICA

PETER WATSON

HISTORIA SECRETA DE LA BOMBA ATÓMICA

Cómo se llegó a construir
un arma que no se necesitaba

Traducción castellana de
Amado Diéguez Rodríguez

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: abril de 2020

Historia secreta de la bomba atómica. Cómo se llegó a construir un arma que no se necesitaba
Peter Watson

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Fallout. Conspiracy, Cover-Up and the Deceitful Case for the Atom Bomb*

© Peter Watson, 2018

© de la traducción, Amado Diéguez Rodríguez, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-214-1
Depósito legal: B. 5.529-2020
2020. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

Prólogo. <i>Encubrimiento, o cuando los justos pecan</i>	9
--	---

PRIMERA PARTE.

De incógnito. Klaus Fuchs y Niels Bohr

1. <i>Zigzag</i>	21
----------------------------	----

SEGUNDA PARTE.

Sobreestimar a los alemanes

2. El sabor del miedo: la amenaza de la fisión.	35
3. Preliminares de un juego de estrategia	49
4. La conveniencia de guardar el secreto... o no	59
5. Las comadronas	85
6. Sabotaje estratégico del agua pesada.	91
7. Los primeros atisbos de los secretos nucleares de Alemania	99
8. La joya de la corona de todos los secretos	113
9. Apagón de los servicios de inteligencia: el error fatal	127
10. <i>Fallout</i>	147
11. «Pruebas concluyentes» de espionaje soviético	167
12. La agenda secreta del general Groves	183
13. El miedo de Bohr.	219

14. Se pierde una pista fundamental.	227
15. «No me vengan con escrúpulos». La pérdida de la inocencia .	253
16. Las garras del oso	265

TERCERA PARTE.

Vidas paralelas. Klaus Fuchs y Niels Bohr

17. El Pequeño Zorro	291
18. Almuerzo en el Tribunal Supremo.	315
19. «La misión que estaba esperando»	321
20. Un presidente dispuesto a ayudar	329
21. Carta de Moscú	335
22. El error del primer ministro	345
23. La bomba da problemas: errores en Los Álamos	355
24. El error del presidente	361

CUARTA PARTE.

Subestimar a los rusos

25. Niels Bohr y Stalin	369
26. Klaus Fuchs: luz en las sombras	395
<i>Agradecimientos</i>	425
<i>Notas</i>	429
<i>Índice analítico</i>	467

1

Zigzag

Viernes, 3 de diciembre de 1943. Poco después de las siete de la mañana, justo al romper el día, el RMS *Andes* abandona las aguas del Atlántico y se interna en la desembocadura del río James, en la bahía de Chesapeake. El tiempo es borrascoso, con chubascos intermitentes.

El *Andes*, que se dirigía a Newport News, Virginia, era un barco prácticamente nuevo. En principio iba a ser la joya de la corona de la Royal Mail Line, que antes de la guerra contaba con treinta y un navíos dedicados a repartir las cartas y los paquetes que los británicos enviaban al resto del mundo. Había entrado en servicio en 1939, a pocos meses de la guerra, pero en cuanto estalló el conflicto, lo despojaron de sus lujosos ropajes —incluido un precioso bar *art déco*— cuando nadie había podido disfrutar de ellos aún y quedó convertido en un buque de transporte de tropas. Ahora realizaba travesías entre Estados Unidos y Gran Bretaña y, en lugar de alojar a seiscientos acaudalados pasajeros de pago, en sus abarrotados camarotes viajaban cuatro mil soldados.

En su regreso desde Inglaterra solía viajar vacío, pero aquel día iba ocupado. Llevaba un cargamento pequeño pero muy valioso y altamente secreto: un puñado de físicos, químicos y matemáticos. Los habían enviado apresuradamente a América para formar parte del mayor secreto de la guerra: el desarrollo y fabricación de la bomba atómica. Entre ellos se encontraban el químico Christopher Frank Kearton, natural de Cheshire e hijo de un albañil, y el matemático Tony Skyrme, londinense y ex alumno de Eton, junto con tres extranjeros nacidos en territorio enemigo, alemanes nada menos, que habían llegado a Gran Bretaña huyen-

do de las sanguinarias aventuras de Hitler: Rudolf Peierls, Otto Frisch y Klaus Fuchs.

La travesía había durado el doble de lo habitual cuando se cruzaba el Atlántico. El *Andes* la había hecho sin escolta, confiando en que su velocidad le bastaría para solventar cualquier imprevisto. Pero debió navegar en zigzag. Y la navegación en zigzag es una metáfora más que apropiada para el relato que acabamos de comenzar.

Los científicos del *Andes* habían recibido permiso para alojarse en primera clase. Eso sí, los camarotes se habían reacondicionado y llevaban ocho literas cada uno. El gran piano de cola estaba a buen recaudo hasta nueva orden, un detalle en particular decepcionante para Otto Frisch. Porque Frisch era un pianista consumado, de un nivel cercano al de un concertista profesional, y tuvo que conformarse con el desvencijado piano de pared que ahora ocupaba el antiguo salón de baile. El instrumento, por lo demás, estaba encadenado a una columna, para que no rodara cuando el mar estaba picado.¹

Pero el 3 de diciembre de 1943 constituye una fecha importante en la segunda guerra mundial por otro motivo. Ese día se publicaron las primeras noticias sobre la conferencia en Teherán de los «Tres Grandes» —Franklin D. Roosevelt, Winston Churchill e Iósif Stalin—, que en realidad tuvo lugar unos días antes, pero se había mantenido en secreto por razones obvias. Era la primera vez que los tres líderes se habían encontrado cara a cara, y habían tomado decisiones trascendentales sobre la dirección de la guerra. Casi la misma relevancia tenía un anuncio del gobierno estadounidense de ese mismo día: en noviembre, el mes anterior, el país había producido 8.789 aviones, es decir, uno cada poco más de cinco minutos. La guerra estaba en su apogeo.²

El traslado de científicos británicos a Estados Unidos suponía un importante paso adelante. Aunque, como veremos, los británicos habían sido los primeros en comprender la factibilidad de fabricar una bomba atómica, a finales de 1943 Estados Unidos les había tomado la delantera. Aparte de contar con mayores recursos —como demuestra la citada cifra de producción de aviones—, cualquier programa llevado a cabo en Gran Bretaña corría el peligro de sufrir los estragos de los bombarderos alemanes.

El *Andes* atracó en Newport News esa misma mañana. La ciudad, conocida en un principio por sus exportaciones de carbón y por haber

contado con el mayor astillero y el mayor dique seco del mundo, era ahora una importante base naval bien protegida de los posibles ataques por la geografía costera. Desde Newport, los científicos viajaron en tren hasta Washington, adonde llegaron después de hacer trasbordo en Richmond. Durante la parada en la estación de esta última localidad, Otto Frisch, un austríaco alto y apuesto que se había nacionalizado británico veinticuatro horas antes de zarpar de Liverpool, salió a dar un paseo por las calles más próximas: «Me encontré con un espectáculo absolutamente increíble: puestos de fruta con pirámides de naranjas ... A causa del bloqueo naval de Gran Bretaña, llevaba dos años sin catar una. Fue verlas y echarme a reír a carcajadas como un histérico».³

A Rudolf Peierls, el atestado tren le pareció viejo y destartalado. Peierls era de corta estatura y tenía la cara redonda, llevaba gafas de lentes muy gruesas y sus dientes de conejo dibujaban una sonrisa maliciosa. Su mujer, Genia, era rusa. La había conocido a principios de la década de 1930 en una convención de física celebrada en Odesa. Fue ella la que recorrió el convoy en busca de mejores asientos y al volver le dijo a su marido que había encontrado un vagón casi vacío donde solo viajaban «dos negros muy simpáticos».⁴ Para su decepción y espanto, alguien le aclaró que en el sur de Estados Unidos, donde aún se encontraban, los medios de transporte se regían por normas de segregación racial.

En Washington, los científicos recién llegados tuvieron que esperar varios días a que los recibiera Leslie Groves. El general era el director militar del Proyecto Manhattan, nombre bajo el que se agrupaban todas las investigaciones realizadas en Estados Unidos encaminadas a la fabricación de la bomba atómica.

Cuando por fin se produjo la reunión con los científicos británicos, Groves habló de «compartimentación»: a fin de mantener un secreto absoluto, los especialistas estaban autorizados a conocer los trabajos propios de su especialidad y nada más, y prácticamente nadie tendría una visión de conjunto. Si esta era una idea del todo lógica desde un punto de vista militar —casi todos tenían a Groves por un excelente comandante—, para muchos científicos tal compartimentación resultaba muy poco práctica. Para llevar a cabo su labor era preferible, opinaban, tener una idea global del proyecto. Esta diferencia de pareceres daría pie a muchas discusiones a lo largo de toda la guerra. Para James Chadwick, el físico

británico de mayor jerarquía dentro del Proyecto Manhattan, la compartimentación era un «fraude», y más tarde, Leó Szilárd, físico húngaro exiliado, dijo que retrasó la fabricación de la bomba al menos un año.

Leslie Groves era objeto de la admiración de casi todos, pero no caía bien. Edward Teller, otro exiliado húngaro, dijo: «Habría ganado todos los concursos de impopularidad». El general era, además, un anglófobo irredento y sospechaba de todo extranjero. Creía firmemente que los estadounidenses eran en general personas de mayor moralidad que las de cualquier otro país y, obligado por órdenes llegadas de arriba, aceptaba de muy mala gana la presencia en suelo norteamericano de Frisch, Peierls, Fuchs y los demás. La anglofobia de Groves, por otro lado, tendría consecuencias.⁵

En aquella primera reunión, Groves informó a los científicos llegados de Inglaterra de que trabajarían en varios laboratorios. Algunos, Frisch, por ejemplo, se dirigirían a Los Álamos, en el desierto de Nuevo México, donde en caso de éxito acabaría montándose la bomba. Siguiendo el principio de compartimentación, en aquel entonces Los Álamos recibía el nombre de «Site Y». Rudolf Peierls ya lo conocía de una visita anterior, pero todos los demás científicos llegados de Gran Bretaña que debían dirigirse a Nueva York no supieron su localización exacta hasta meses después.

Debido a sus conocimientos en separación de isótopos, Peierls y Fuchs fueron destinados a Nueva York. Los trabajos teóricos en este campo los llevaba a cabo en Manhattan Kellex Corporation, filial de una empresa de ingeniería civil. Kellex Corporation había sido fundada con el objetivo de construir una planta especial de separación de isótopos, situada en algún lugar del sur del país. De nuevo a causa de la compartimentación, ni Peierls ni Fuchs conocieron en un principio la localización exacta de esa planta.⁶

Peierls y su mujer se alojaron durante quince días en el hotel Barbizon Plaza, con vistas a Central Park, antes de encontrar un piso en Riverside Drive. Fuchs, que al principio también estuvo en el Plaza, encontró un apartamento en la calle 77 Oeste, número 128, en un *brownstone* de cuatro plantas sin ascensor.*

* Un *brownstone* es una de esas casas típicas de Manhattan y Brooklyn de entre dos y cuatro plantas a la que se accede por unas escaleras. Se llaman así porque suelen estar hechas con la piedra arenisca de color amarronado que recibe ese nombre. (*N. del t.*)

En todos los sentidos, la vida en Nueva York era mejor que la vida en Gran Bretaña. Peierls, Fuchs y los demás no recibían un mal sueldo, de modo que podían sacar partido de la abundante oferta de consumo que ofrecía Estados Unidos. En las poblaciones costeras había racionamiento y las restricciones en electricidad causaban apagones pasajeros del alumbrado público. Pero aquello no era nada comparado con lo que sucedía en Gran Bretaña, donde la vida era mucho más austera y las ciudades debían permanecer totalmente a oscuras todas las noches. Y no solo había mayor abundancia de comida, bebida y prendas de vestir: los teatros de Broadway ofrecían grandes obras en cartel (*Porgy y Bess*, *El príncipe estudiante* o *Carmen Jones*), la vida nocturna era muy activa y nunca faltaban conciertos de música clásica, a los que Fuchs era asiduo.

En Nueva York había quince científicos británicos trabajando en el Proyecto Manhattan. No estaba previsto que todos ellos se quedaran en Estados Unidos mucho tiempo, pero sí Fuchs —y también Peierls y Frisch—, de manera que uno de los directores de «Tube Alloys» (Aleaciones de Tubo), nombre en clave del programa atómico secreto británico, pidió al MI5 un informe exhaustivo sobre él, porque habría sido cuando menos embarazoso que no fuera quien parecía ser. El MI5 sabía que Fuchs había sido comunista, pero su informe aseguraba que había renunciado a toda participación activa en política y que su conducta en Gran Bretaña nunca tuvo nada de «objetable».

Pero lo que ni Peierls ni los demás físicos que trabajaban en la fabricación de la bomba atómica en Nueva York sabían era que Fuchs llevaba a cabo ciertas actividades que, de haber tenido noticia de ellas, sí les habrían parecido objetables. Porque desde agosto de 1941, Klaus Fuchs era un espía ruso.⁷



El lunes 6 de diciembre, es decir, justo tres días antes de que el *Andes* amarrara en el puerto de Newport News, otro buque, el RMS *Aquitania*, un trasatlántico de cuatro chimeneas repintado de color gris acorazado, atracó en el puerto de Nueva York. También el *Aquitania* era lo bastante rápido y había cruzado el Atlántico sin escolta. Llegaba con

muchos pasajeros, incluidos dos científicos que viajaban de incógnito, cuya presencia a bordo era un secreto celosamente guardado.

En sus pasaportes británicos figuraban los nombres «Nicholas Baker» y «James Baker», pero en realidad eran daneses. Se trataba de Niels Bohr y de su hijo Aage. Niels Bohr era, junto con Albert Einstein, el científico más famoso del mundo, y en lo referente a la bomba atómica era incluso más importante que este, porque Einstein no había desempeñado un papel activo en el desarrollo de lo que los científicos llamaban en privado el «chisme», mientras que Bohr había sido fundamental en el estudio de la fisión del núcleo del átomo y las inmensas cantidades de energía que podía liberar.

A juzgar por la labor desarrollada por su instituto de Copenhague en el período de entreguerras, Bohr posiblemente fuera, además, el físico más reconocido de todos los tiempos. Cuando obtuvo el premio Nobel de Física en 1922, por explicar la importancia de la posición de los electrones alrededor del núcleo del átomo —que demostraba que la física regía las propiedades de la química y que ambas disciplinas están íntimamente ligadas—, le concedieron la dirección de un instituto de investigación en Copenhague en el que se daban cita físicos de muchas nacionalidades (británicos, estadounidenses, alemanes, neerlandeses, suecos, austríacos, italianos, franceses, japoneses y rusos). Bohr era generoso y paternal y carecía por completo del instinto de rivalidad que suele agriar relaciones con tanta facilidad. Quizá el éxito del instituto de Copenhague también tuviera algo que ver con el hecho de que Dinamarca sea un país pequeño donde en aquel entonces no resultaba difícil olvidar las rencillas nacionalistas.

Bohr siempre fue algo más que un simple científico. A partir del 30 de enero de 1933, día en que Hitler se convirtió en canciller de Alemania, estuvo atento a la evolución de la política germana con creciente inquietud. Conocía Alemania, la había visitado muchas veces, sabía alemán y quizá por eso no se hacía ilusiones y era consciente de que un día no demasiado lejano tendría que actuar para ayudar a la comunidad científica del país.⁸ De hecho, viajó a Alemania poco después de la llegada de Hitler al poder para visitar algunas universidades de forma oficial, pero en secreto quería comprobar si la situación de sus colegas científicos era segura y saber cuántos de ellos se verían afectados por las nuevas

leyes raciales. Uno de los primeros en recibir su ayuda fue Otto Frisch, de Hamburgo. Frisch era el joven sobrino de Lise Meitner, colega y amiga de Bohr desde hacía tiempo, y, como ella, judío y austríaco. Como austríacos, en todo caso, Frisch y Meitner estuvieron protegidos de las viles leyes raciales alemanas hasta el *Anschluss* de 1938.

Bohr se tomó mucho interés en los trabajos de Frisch acerca de la energía contenida en los átomos de sodio, y en el transcurso de su encuentro lo agarró cariñosamente y le susurró que le esperaba en Copenhague. Frisch escribió a su madre esa misma noche para decirle: «El mismísimo Dios me ha cogido por la solapa del chaleco y me ha sonreído».⁹

Bohr recorrió Alemania mientras los nazis endurecían sus leyes y empeoró la convivencia al sugerir que Copenhague sería un refugio para todo aquel que lo necesitara. Y no solo para los judíos. Habló entre otros con Max Planck, que había ganado el Nobel por su descubrimiento del cuanto y era director de la Sociedad Kaiser Guillermo de Berlín, y se reunió con el checo George Placzek, autoridad mundial en el estudio del neutrón que trabajaba en Leipzig, y con Georg von Hevesy, húngaro especialista en radioquímica que investigaba en Friburgo y también había sido galardonado con el Nobel. A todos les dijo que podrían continuar su labor desde Copenhague si lo consideraban necesario.¹⁰

Más tarde, en septiembre de 1938, el instituto de Bohr celebró su seminario anual. Pero para entonces Bohr había hablado públicamente en contra de los nazis en más de una ocasión y muy pocos tuvieron la confianza suficiente para unirse a él siquiera por unos días. Ese año, con la guerra en ciernes, el seminario tuvo una pobre asistencia.

Uno de los científicos que sí viajaron a Copenhague fue el físico italiano Enrico Fermi, que durante su trabajo en Roma había descubierto la desintegración beta, proceso por el cual ciertas partículas elementales pueden cambiar de naturaleza, e investigado el concepto de «interacción débil», nuevo tipo de fuerza subatómica causante de la desintegración radiactiva. Durante el seminario, Bohr se saltó discretamente el protocolo, llevó aparte a Fermi y le dijo que el comité de concesión de ese año estaba pensando en darle el Nobel. En circunstancias normales, una violación de la confidencialidad de ese tipo habría sido impensable, pero las circunstancias que rodeaban a aquellos hombres no eran normales. Por lo demás,

Bohr era consciente de que el gobierno italiano había ordenado a sus ciudadanos la conversión a liras de toda divisa extranjera que poseyeran y le preguntó a Fermi si preferiría retirar su candidatura al Nobel hasta que pudiera disponer del dinero del premio sin limitaciones.

Enfrentado a este dilema, Fermi quiso sincerarse y le confesó a Bohr que lo que de verdad deseaba era abandonar Italia en compañía de su familia. Como si la realidad quisiera ponerle a prueba, el mismo día que se hizo público que le habían concedido el Nobel, el gobierno del Mussolini anunció la promulgación de leyes raciales en Italia: los niños judíos serían expulsados de los colegios públicos, los profesores judíos perderían su trabajo, las empresas judías serían disueltas y todos los judíos tendrían que entregar su pasaporte. Laura, la mujer de Fermi, era judía.

En noviembre, la familia Fermi viajó a Estocolmo para la ceremonia de entrega del Nobel —se les permitió ir a todos, por el honor que el premio suponía para Italia—, y tras la entrega, en lugar de regresar a Roma, los Fermi, acompañados de sus hijos y la niñera, se dirigieron a Copenhague. Se alojaron en casa de los Bohr en espera del momento de poder salir hacia América.



La mañana que el *Aquitania* llegó a Nueva York, los periódicos aún hablaban de la conferencia de Teherán, durante la cual Churchill había celebrado su sexagésimo noveno cumpleaños y regalado a Stalin la Espada de Stalingrado para que el georgiano se la entregara a su vez a los habitantes de la desafiante ciudad del Volga, que habían tenido que soportar el terrible asedio. A cambio, Stalin propuso un brindis por su «luchador amigo».

En cuanto el *Aquitania* hubo amarrado, subieron a bordo varios miembros de los servicios de seguridad en busca de Nicholas y James Baker. En Nueva York, Bohr y su hijo recibieron un trato preferencial y no tuvieron que someterse al procedimiento de inmigración habitual. Unos funcionarios recogieron sus equipajes y se los llevaron. Aunque antes de la guerra se habían publicado importantes artículos sobre energía nuclear —el propio Bohr era autor de algunos, y también los cientí-

ficos norteamericanos y los franceses—, desde el estallido de la contienda, las publicaciones especializadas guardaban un silencio absoluto. Por tanto, si se hubiera filtrado que Niels Bohr se encontraba en Estados Unidos —había salido de Estocolmo de noche, furtivamente—, los alemanes, los rusos y los japoneses se habrían percatado de que en América se estaba preparando algo importante.

A Bohr le hizo gracia que cuando a Aage y a él los llevaban de un lado para otro, de puesto de seguridad en puesto de seguridad, los funcionarios estadounidenses comprobaran una y otra vez que se encontraban «en buen estado» y les estamparan un «recibido», como si no fueran más que un par de paquetes.¹¹ El fluido proceso de acogida encontró un pequeño obstáculo en forma de noticia: *The New York Times* había publicado un artículo sobre Bohr cuando este aún se encontraba en Londres esperando a zarpar hacia América. Se suponía que sus movimientos debían ser secretos, pero el periódico había informado, muy cumplidamente:

CIENTÍFICO LLEGA A LONDRES

Nuevo invento de explosión atómica del danés Dr. N. H. D. Bohr

Londres, 8 de octubre (Associated Press). El doctor Niels H. D. Bohr, científico danés refugiado, galardonado con el premio Nobel por sus investigaciones atómicas, llegó hoy a Londres procedente de Suecia llevando consigo lo que en Estocolmo un ciudadano danés calificó de planes de un nuevo invento relacionado con explosiones atómicas.

Según ciertas fuentes, se trata de planes de vital importancia para el esfuerzo de guerra aliado.

Más tarde aparecieron noticias similares en el *Evening Standard* y el *Daily Sketch*. Decían: «Bohr ha viajado a Estados Unidos en misión especial tras consular con lord Cherwell. El profesor Bohr ... es un experto en explosivos. A nuestro entender este asunto guarda relación con su viaje. El profesor ha traído ideas novedosas a Estados Unidos». Por último, el *New York Daily Mirror* del 20 de diciembre informaba: «Los alemanes creen que tiene amplios conocimientos en armas atómicas, el milagro que podría salvar a Alemania». Aunque imprecisas en ciertos aspectos de importancia, esas noticias no podían más que inquietar a los

responsables del Proyecto Manhattan —Winston Churchill y el general Groves en particular eran partidarios del secreto total—. (En realidad, esa fue la última vez que el *Times* mencionó el nombre de Bohr en toda la guerra.)¹²

Desde Nueva York, los Bohr —aún con el nombre de «Baker»— se dirigieron a Washington y se alojaron en la embajada danesa, donde se celebró en su honor una discreta recepción a la que acudió entre otros Felix Frankfurter. Este juez del Tribunal Supremo, que era buen amigo del presidente Franklin Delano Roosevelt, había conocido a Bohr en Oxford en 1933 y se había citado con él en los viajes que el físico realizó a América en 1939. Frankfurter estaba por tanto en disposición de averiguar qué hacía Bohr en Estados Unidos, cuando menos en términos generales. Pero nadie se puso en contacto con él. No, al menos, en aquella ocasión.

En Washington, Bohr se entrevistó con el general Groves a los pocos días de que este se hubiera reunido con Peierls, Frisch, Fuchs y los demás miembros de «Tube Alloys». Groves era militar de pies a cabeza: brusco, pragmático, directo, siempre con prisas y siempre atareado. Bohr, por su parte, destacaba por su esmero y meticulosidad, y era de la opinión de que no se puede ser riguroso y simple al mismo tiempo. Para hablar con rigor —decía refiriéndose a muchos ámbitos y no solo a la física avanzada—, uno tiene que hacer todo tipo de salvedades y advertencias, de modo que es imposible —afirmaba— ser a un tiempo riguroso y simple. Hablaba de un modo notoriamente vacilante, con circunloquios, y a veces se mostraba espeso y prolijo. Se interrumpía a menudo y se quedaba callado unos minutos buscando la expresión exacta que sintetizara su pensamiento. Pese a todo, Groves, que no se dejaba impresionar con facilidad, apreciaba la brillantez de Bohr y, muy pronto, ambos se entendieron a la perfección.¹³

Después de su encuentro, Bohr se trasladó a Chicago para ver a Enrico Fermi, que trabajaba en la universidad de esa ciudad. Mientras se encontraba allí llegó Groves, y ambos se desplazaron en tren hasta Lamy, localidad situada a unos treinta kilómetros de Santa Fe, cuya estación era la más cercana a Los Álamos. Groves quería pasar un tiempo a solas con Bohr —en el viaje—, para ganarse su confianza antes de que el danés se uniera a los demás físicos nucleares, a quienes el general en

privado llamaba «los chiflados». Groves, como era su costumbre, hizo hincapié en sus normas y muy en particular en el concepto de compartimentación. En la pirámide jerárquica, Bohr se situaría muy cerca de la cumbre, pero aun así debía tener claro «de qué se podía hablar y qué estaba prohibido decir».

Cuando el tren cruzaba el estado de Misisipi y las grandes llanuras de Texas en dirección al desierto de Nuevo México, la balanza de la conversación comenzó a inclinarse sutilmente. Poco a poco, Bohr ganaba en locuacidad y, aun conservando el tono grave y la lentitud al hablar, su voz, por encima del golpeteo regular de las vías, adquiriría un matiz fascinante e hipnótico.

En general, ese viaje en tren ha intrigado también a los historiadores, que, sin embargo, casi lo han pasado por alto, dedicándole apenas una somera reflexión. Y hasta cierto punto es comprensible. En los documentos referentes a Groves custodiados en los Archivos Nacionales de Washington se conserva una nota en la que el general afirma que ha tomado la decisión de consignar por escrito lo menos posible a fin de preservar en secreto el proyecto. De acuerdo con esa decisión, de aquel viaje con Bohr no existe ningún documento ni en sus archivos ni en los de Bohr. No obstante, como veremos en el capítulo 14, lo que ocurrió en aquel tren fue de la mayor importancia en la historia de la fabricación de la bomba.

La mañana siguiente a su llegada a la «Jornada del Muerto», nombre que dan en la zona a Los Álamos y sus alrededores —porque durante la colonización del Oeste eran muchos los que allí morían de sed—, Robert Oppenheimer, director científico del Proyecto Manhattan, se encontró con Groves por la calle y vio al general algo rígido y con una visible cojera. Le preguntó qué le había pasado y Groves, con su humor sin gracia —el humor no era su punto fuerte—, le contestó: «He estado hablando con Bohr».¹⁴



Tras su llegada a las costas americanas y en los meses posteriores, Niels Bohr y Klaus Fuchs intentarían, cada uno a su manera, cambiar el curso de los acontecimientos relacionados con la fabricación de la bomba ató-

mica y la carrera armamentística que ambos veían cernirse en el horizonte. La ironía que encerraba lo que ambos se proponían hacer, simultáneamente y en paralelo, se pone de manifiesto en las páginas siguientes.

Pero sus actos también han de juzgarse a la luz de circunstancias relevantes que los relatos previos de la construcción de la bomba han dejado de lado y, sin embargo, cambian por completo nuestro punto de vista sobre lo que ocurrió.

Porque lo cierto es que, cuando llegaron a América, tanto Bohr como Fuchs sabían que la razón fundamental para construir una bomba atómica —que sirviera de elemento disuasorio en el caso de que Hitler la fabricara antes y llegara a chantajear con ella al mundo— podía quedar descartada sin temor a equivocarse. *Cuando desembarcaron en Estados Unidos, Bohr y Fuchs sabían ya que Alemania no representaba ninguna amenaza.* Porque estaban al corriente de que los científicos alemanes no tenían recursos para confeccionar la bomba, por lo que, en realidad, ni siquiera lo estaban intentando. De manera que ni Estados Unidos ni Gran Bretaña tenían la necesidad acuciante de fabricar un arma nuclear. El mundo no la necesitaba.

En vez de ello, los halcones de los gobiernos aliados tenían nuevas prioridades que darían a Occidente —estaban convencidos de ello— un dominio indiscutible en un mundo de la posguerra en el que Rusia, todavía aliado, se convertiría en adversario. Este libro demostrará que a los científicos que trabajaban en Los Álamos se les hurtó información confidencial que confirmaba que el programa atómico alemán no era viable para que continuaran esforzándose por conseguir una bomba que, según creían, iba destinada contra Hitler, cuando en realidad los objetivos del programa habían cambiado radicalmente.